

La luz de la luna iluminaba las calles vacías, los rayos se colaban por la ventana. Era tarde, aproximadamente las doce de la noche, mis párpados se cerraron y sin darme cuenta me sumergí en el mar de mis sueños.

Miré a mi alrededor, cuatro paredes formaban una sala amarillo desgastado, apenas estaba amueblada, simplemente tenía una pequeña silla color ocre que le faltaba una de sus patas traseras. Estaba iluminada por una tenue luz que salía de una bombilla que colgaba en el techo de la sala. En el centro de aquella sala había un calcetín rojo muy desgastado, por los laterales le sobresalían algunos hilos y también tenía algunos parches que parecían cosidos con mucha prisa.

Poco a poco mi curiosidad fue ganándome, así que me acerqué, alargué la mano para cogerlo y súbitamente desapareció como si nunca hubiese estado allí.

Estaba un poco confundida y acto seguido miré a mi alrededor, en esa sala sólo estaba aquella silla, una pequeña puerta blanca y yo.

Me dirigí hacia la puerta, era de color blanco brillante y por las esquinas se podían distinguir pequeñas rayaduras que se habían hecho con el paso de los años de tanto abrirla y cerrarla. El pomo de la puerta era color bronce y estaba un poco oxidado por la parte que se unía con la puerta. Estaba tallada con mucha precisión y afán, algunas figuras de personas sobresalían de ella, rocé el pomo con la mano y cedió.

Detrás del marco de la puerta se podía distinguir un pasillo sumido en una oscuridad absoluta menos una parte que estaba iluminada por una vela muy desgastada, unas diminutas gotas de cera caían al suelo haciendo un pequeño eco que recorría toda la sala. A pocos centímetros del charco de cera estaba el calcetín rojo, el suelo estaba cubierto con baldosas de color gris ceniza, especialmente me fijé en una de las baldosas que no se parecía a las demás, en ella se podía distinguir una figura de una estrella, me agaché y decidí mirarla de cerca, la presioné y se abrió una abertura debajo del calcetín precipitándose al vacío.

La rabia me recorría por todo mi cuerpo y retrocedí entrando de nuevo en la sala amarilla. Al poner el pie en la sala el calcetín rojo volvió a aparecer en el mismo punto que al principio, esta vez me llené de coraje con el fin de cogerlo, estaba ya muy abatida pero aun así no iba dejar que este sueño acabara de tal forma, por lo que me acerqué y de repente sentí como una luz me cegaba los ojos y los abrí.

Mis ojos tardaron en acostumbrarse, tardé en reaccionar, primero pensé que había pasado una hora buscando el calcetín rojo pero miré el reloj y vi que había transcurrido diez horas desde que me dormí.

Miré a mi mesilla y ahí estaba el calcetín rojo de mis sueños.

FIN